

(o) Semiología \$3⁹⁰

Mariana di Stefano (coordinadora)

Nicolás Bermúdez

Patricia Calabrese

Domin Choi

Hernán Díaz

Mariana di Stefano

Mirta Gloria Fernández

metáforas en uso

Editorial Biblos

CIENCIAS DEL LENGUAJE

PARTE II
METÁFORAS EN USO

<i>El poema como cuerpo</i> , por Patricia Calabrese	87
Metáfora y escritura	87
El oficio de poetizar	88
"Pasión del mundo, poema"	93
"La realidad hace gemir con jadeos de animal"	96
"Y sonarán los tiros de la palabra"	98
Navegar sin rumbo fijo y morder la piedra	100
"Nadie sabe quién es la poesía para ella"	101
Conclusiones	103
<i>La metáfora en la definición científica</i> , por Hernán Díaz	105
Introducción	105
El "campo intelectual" según Pierre Bourdieu	106
Metáforas en la lingüística	110
Conclusiones	113
<i>Poetas y niños, metáforas compartidas y lectos censurados.</i>	
<i>Proyecto pedagógico para espacios de reclusión</i> , por Mirta Gloria Fernández	115
Los chicos impugnan la poesía	115
De la metáfora poética a la metáfora de los jóvenes reclusos	116
Características de la población	118
Actividades realizadas en el taller	119
Interpretación de los primeros resultados	120
Algunas hipótesis sobre la selección de los poemas	120
Análisis de las escrituras en los márgenes	121
Conclusiones	124
<i>El poder es arriba</i> , por Hernán Díaz	125
Sometidos al poder	125
Pueblo <i>versus</i> poder	128
Las metáforas se transforman	130
Los que no cambian más	131
Lo abstracto y lo concreto	132
<i>"Palestina es Auschwitz": una metáfora en conflicto</i> , por Mariana di Stefano	135
Abordaje teórico: hacia una integración de enfoques	136
La metáfora "Palestina es Auschwitz"	137
La polémica	143
Un caso emparentado	150
Conclusiones	152
Bibliografía citada	153
Los autores	157

Introducción

En las últimas dos décadas, los estudios sobre la metáfora se han multiplicado desde las más diversas disciplinas. La psicología, la filosofía, la antropología, las ciencias del lenguaje, las ciencias cognitivas, la semiótica, entre otras, no dejan de volver —con nuevas miradas— sobre los viejos problemas que las distintas tradiciones de reflexión sobre este tema debatieron durante una larga historia, ya que los primeros análisis sobre el fenómeno metafórico datan del siglo IV antes de Cristo.

Pero, ¿qué es lo que mantiene vivo el interés por la metáfora? En primer lugar, su presencia en todo tipo de discursos escritos y orales, desde los más antiguos de la humanidad hasta los más variados discursos sociales actuales. Hay metáforas en la Biblia y en los poemas homéricos, por ejemplo:

[Juan] Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto. (Evangelio según San Juan)

Ya el sol hería con sus rayos los campos. (*Ilíada*)

Y las hay también en la poesía, como lo ilustra el siguiente poema de Alejandra Pizarnik:

AMANTES

una flor
 no lejos de la noche
 mi cuerpo mudo
se abre
a la delicada urgencia del rocío¹

en discursos políticos, del tipo:

Sobre la hermandad de los que trabajan ha de levantarse nuestra hermosa patria. (Juan Domingo Perón, 17 de octubre de 1945)

1. *Los trabajos y las noches*, Buenos Aires, Corregidor, 1990.

Nosotras, las Madres de Plaza de Mayo, fuimos paridas por nuestros hijos. (Hebe de Bonafini),

en registros informales, como:

Hoy estoy con un jugador menos,

y también en expresiones de alto grado de formalidad, como las siguientes, propias de informes y recomendaciones institucionales, de una ONG, por ejemplo, o del Banco Mundial:

Se deben flexibilizar las relaciones laborales, o

La transparencia en la gestión de gobierno impide la corrupción.

Asimismo, la metáfora sigue resultando atractiva porque hay un interés por aggiornar la explicación sobre este fenómeno, que suscita una cantidad de interrogantes, a partir de las nuevas herramientas conceptuales que las prácticas científicas elaboran. Y, por último, porque pese a que hay una larga tradición de reflexión sobre este tema, recién avanzado el siglo XX comenzaron a consolidarse enfoques cuestionadores de lo que fue la tradición dominante en el modo de concebir la metáfora. De modo que, desde estas miradas, queda aún mucho por investigar.

Pero veamos algunos de los problemas que ha planteado, y sigue planteando, la metáfora. En primer lugar, ¿qué es una metáfora?, el problema de su definición.

Aristóteles fue uno de los primeros en ofrecer una definición de la metáfora en su *Poética*, donde afirma que “la metáfora consiste en trasladar a una cosa un nombre que designa otra” (*Poética*, 1457b, 5-20),² definición que tuvo gran repercusión en la cultura occidental y que, con algunas variantes, se impuso en los estudios sobre el tema prácticamente hasta avanzado el siglo XX.

A partir de esta concepción aristotélica de la metáfora, podríamos interpretar que en la frase de la *Iliada*, “Ya el sol hería con sus rayos los campos”, el verbo ‘hería’ ha sido “trasladado” de su uso habitual –en el que se aplica siempre a acciones realizadas sobre seres vivos– para designar otra cosa: la acción del sol sobre el campo, que habitualmente se designa con otros verbos, como ‘iluminar’ o ‘quemar’. Esta metáfora, entonces, anima al sujeto de la acción, es decir, lo convierte en un ser vivo.

En las poéticas y retóricas posteriores a las aristotélicas –como las de los latinos Cicerón y Quintiliano– se señala que en una expresión metafórica la

2. En la edición castellana que manejamos, la definición de metáfora, su explicación y ejemplificación se encuentran entre las líneas 5 y 20 del capítulo XXI. Véase Aristóteles (2004a).

palabra que ha sido “trasladada” sustituye a otra, la del uso habitual. Y que para que esta sustitución sea posible es necesario que entre los dos elementos haya algún tipo de similitud. Estas teorías de la sustitución instalan, además, la idea de que una palabra puede tener dos tipos de significados diferentes: el llamado “significado literal”, es decir, el habitual de un término, y el “significado figurado”, el que surge del uso metafórico. Ambas cuestiones –la de la similitud o semejanza entre aquello a lo que refiere el término sustituido (‘quemar’/‘iluminar’) y el sustituyente (‘herir’), como la existencia del doble significado– van a ser problemas centrales de la reflexión y la polémica sobre la metáfora a partir del siglo XX.

Con respecto a la similitud, surgen los siguientes interrogantes: ¿cómo fijar los límites de lo semejante y de lo desemejante? ¿Se puede considerar que, en nuestro ejemplo, hay similitud entre ‘quemar’, ‘iluminar’ y ‘herir’? ¿O que la hay entre un edificio y la patria, tal como se desprende de la frase de Perón, la cual predica que ella “ha de levantarse”? ¿En qué consiste esa similitud? Y sobre todo ¿quién (o qué parámetro) indica y avala la semejanza entre dos elementos? Para que haya metáfora, ¿la semejanza debe estar dada por la naturaleza, debe ser una evidencia para todos?

Esta problemática ha llevado a la filosofía a señalar ante la metáfora un problema ontológico: ¿si dos términos son sustituibles uno por el otro, entonces, son lo mismo?, ¿cuál es la especificidad de cada uno? La pregunta por lo uno y lo otro y, en general, por los modos de afirmación de la identidad en la expresión metafórica fue uno de los aspectos que analiza, entre otros, en 1975, el filósofo francés Paul Ricœur, en su obra ya clásica *La metáfora viva*, en la que explica la metáfora a partir de la “teoría de la tensión”. Según Ricœur, en la metáfora actúan, fundamentalmente, dos tipos de tensiones:

- 1) Una tensión entre los dos términos involucrados: no habría una mera sustitución de un término por otro sino una tensión entre ambos; de modo que el término sustituido no desaparece de la significación sino que emerge una tensión entre éste y el metafórico. Y a su vez habría una tensión entre el significado figurado del término metafórico y su significado literal.
- 2) Una tensión entre la identidad y la diferencia, que se desprende de la tensión anterior.³ En esta teoría, la semejanza entre los términos de la metáfora no se piensa como dada ni como requisito para que la metáfora ocurra, sino que sería la metáfora misma la que conduciría a percibir lo semejante dentro de lo desemejante.⁴

3. Ricœur (2001) habla de una tercera tensión entre la palabra o expresión metafórica y el sentido global del enunciado en que aparece, de modo que la metáfora –además de ser diferenciable de lo que no lo es– alcanza a la totalidad del enunciado, aun cuando esté focalizada en una sola palabra.

4. Como veremos, la idea de que la metáfora muestra la búsqueda de lo semejante dentro de lo desemejante se encuentra ya en Aristóteles, por lo que para muchos críticos –entre ellos Ricœur–

Desde esta perspectiva, el significado metafórico de 'herir' se alcanza, entonces, a partir de considerar su relación con 'quemar' o 'iluminar': 'herir' lleva a jerarquizar las características hirientes que pueden adoptar el quemar o el iluminar, mientras 'quemar' e 'iluminar' llevan a destacar las formas del herir que pueden darse a través del calor o de la luz —de modo que, aunque no están presentes en el enunciado metafórico, inciden en la interpretación de éste—. Por eso Ricoeur afirmó que en la metáfora se da una relación muy particular entre dos términos: por esa relación cabe afirmar que *A es B* (habría un momento de la metáfora en la que *herir es iluminar*), y a la vez *A no es B* (está claro que *herir no es iluminar*, por eso la metáfora aporta un plus de significado).

Desde un enfoque lingüístico y no ya filosófico, la semántica —también en la segunda mitad del siglo XX— ha analizado la semejanza entre los dos términos involucrados en una metáfora realizando una comparación de los rasgos sémicos de cada uno, con el fin de precisar cuáles son los rasgos comunes y cuáles los no compartidos. Esta postura —en la que se destacan los trabajos de Michel Le Guern y del Grupo μ — considera que en el significado metafórico quedan "suspendidos" —en una especie de olvido momentáneo— los rasgos sémicos del significado literal de un término que éste no comparte con el figurado.⁵ Por ejemplo, cuando se dice de alguien —en general se aplica a la mujer— que es una "víbora" se está usando una metáfora en la que, desde la perspectiva del análisis semántico, se trasladan algunos rasgos sémicos del significado literal de 'víbora' a mujer: "es traicionera", "se acerca sin ser percibida", "su ataque puede ser mortal". Pero no se trasladan otros, como "es un animal", "no tiene patas", etcétera.

Pero la controversia en torno de la semejanza en la metáfora es sólo uno de los aspectos sobre los que han discutido las diversas teorías que han intentado explicarla. Otro punto en el que se han diferenciado es en la definición de la función de la metáfora.

Aristóteles aborda este tema en dos de sus obras, *Poética* y *Retórica*. Considera que en la poesía épica y en la tragedia la metáfora cumple una "función poética", es decir, enaltece el lenguaje, lo ennoblece al apartarlo del uso corriente, y desde su perspectiva, es ese lenguaje elevado el adecuado para el tratamiento de los grandes temas épicos y trágicos que abordan estos géneros. En cambio, considera que en el discurso político, en el jurídico y en el epidíctico la metáfora cumple una "función retórica", esto es, también ennoblece el lenguaje, lo cual tiene efectos persuasivos ya que evidencia a un orador tam-

la teoría de la sustitución es propia de los seguidores del filósofo griego, quienes despojaron su definición de la complejidad con que él la había elaborado.

5. Nótese que, tanto en la perspectiva semántica como en la que desarrolla Ricoeur, la similitud ya no se plantea entre cosas, es decir entre elementos empíricos, sino entre propiedades de palabras

bién noble, y a la vez resulta sorprendente para el receptor por ser explicativa, didáctica y esclarecedora, y ello refuerza su función al servicio de la persuasión. Desde esta perspectiva, podemos analizar las metáforas usadas en las frases de la Biblia y de Hebe de Bonafini, con las que ejemplificamos al comienzo. Decir que uno "clama en el desierto", en vez de decir que lo hace en soledad y sin ser escuchado, o que las Madres fueron "paridas por sus hijos", en lugar de que surgieron como grupo a partir de sus hijos, produce, primero, un efecto sorpresa en el receptor (en ambos casos, la metáfora representa un caso extremo del término sustituido: *desierto* de *soledad* y *parir* de *surgir de*), y luego un efecto esclarecedor sobre la situación de cada uno. Además, ambos efectos refuerzan la orientación argumentativa global de los discursos —de los que estas frases constituyen sólo un fragmento— y que en el caso de las Madres de Plaza de Mayo apunta a fundamentar por qué ellas se comprometen con otras luchas sociales y no sólo con la búsqueda de sus hijos desaparecidos: "Es que fuimos paridas por ellos", argumentan. La metáfora obliga al receptor a inferir el razonamiento: como todo hijo, ellas tienen rasgos de sus progenitores, de modo que se identifican con los mismos ideales que sus hijos defendieron. En este sentido, la metáfora *paridas* es también persuasiva.

Esta riqueza de matices que Aristóteles atribuye a la metáfora se va perdiendo en las retóricas y poéticas que le siguen, en las que perdura la idea de que la metáfora es una forma elevada del lenguaje, un desvío del modo en que habitualmente se habla y que esa forma alejada del habla común cumpliría una función decorativa, embellecedora del estilo, lo que se ha llamado "función ornamental" de la metáfora, que asocia lo bello con lo elevado y con lo extraño, por oposición a lo bajo y común. Esta concepción de la función de la metáfora —pensada ya casi exclusivamente en relación con la poesía, y enmarcada en la teoría de la sustitución y de la semejanza— es la que predomina en las retóricas clásicas, de los siglos XVI al XIX, uno de cuyos últimos autores destacados es Pierre Fontanier,⁶ y la que perdura aún en el siglo XX en los estudios que lleva adelante, por ejemplo, el Grupo μ .⁷

Dentro de lo que llamamos la tradición retórica en la reflexión sobre la metáfora, o sea aquella que analiza su función en el discurso, ya en la segunda mitad del siglo XX, en el marco de los estudios sobre la argumentación y el análisis del discurso, se han destacado la función argumentativa y la función polémica que la metáfora asume en contextos particulares de uso. Estos abordajes —que recuperan lo mejor del análisis aristotélico, en cuanto a observar el funcionamiento metafórico en la dinámica discursiva concreta que se genera

6. Fontanier publica su *Manual clásico para el estudio de los tropos* en 1827. Allí sostiene que la metáfora se funda en una semejanza "real" entre dos objetos del mundo, de donde se infiere que existirían semejanzas "objetivas" entre las cosas.

7. Sobre la perspectiva teórica de los estudios del Grupo μ , véase en la Parte I, "La metáfora argumentativa según Michel Le Guern".

entre un locutor y sus destinatarios en una situación particular— han reinstalado la reflexión —entre otras cuestiones— sobre la dimensión ideológica de la metáfora, sobre la relación de ésta con los valores y las creencias de los grupos sociales y sobre los modos en que las metáforas se elaboran histórica y culturalmente. Por ejemplo, los términos ‘flexibilizar’ y ‘transparencia’, en las frases que elegimos como propias de ciertos discursos institucionales, desde esta mirada tendrían un valor argumental que se apoya en la idea de que lo flexible y lo transparente son positivos *per se*. Según Le Guern, los grupos sociales seleccionan los rasgos del sentido literal a los que les atribuyen cualidades positivas o negativas, dejan de lado el resto, y son esos rasgos “culturales” los que trasladan al uso metafórico del término. En el caso de ‘flexibilizar’, se trasladaría de este término al campo de las relaciones laborales, por ejemplo, el rasgo sémico “adaptable”, pero no el rasgo “forma indefinida” o “manipulable” (a partir de los cuales podría construirse una contraargumentación).

Estas perspectivas, al indagar en los efectos que produce una metáfora en un contexto dado, instalan, además, otros interrogantes: ¿es lo mismo usar o no una expresión metafórica en una situación dada? y ¿todas las situaciones son permeables al uso del mismo tipo de metáforas?

Pero la función de la metáfora no ha sido estudiada sólo por la tradición retórica. Desde una perspectiva radicalmente opuesta, el cognitivismo, también en el siglo XX —aunque con antecedentes importantes, entre los que se cuentan el mismo Aristóteles y el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, entre otros—, produce una fuerte ruptura con el resto de las posturas sobre el tema al sostener que la metáfora cumple una función cognitiva y no discursiva. George Lakoff y Mark Johnson, en *Metáforas de la vida cotidiana*,⁸ sostienen que la metáfora “no es una cuestión solamente de lenguaje sino también de pensamiento y acción”. Según estos autores, la metáfora es un fenómeno cognitivo, ya que “pensar algo en términos de otra cosa” —tal como redefinen el fenómeno— sería un procedimiento cultural corriente que se lleva a cabo para tornar inteligible aquello que en principio resulta imposible de conceptualizar. Por ello ubican la metaforización, primero, en el plano cognitivo como una operación conceptualizadora —en la que los rasgos de un campo fuente se proyectan sobre los de un campo meta— y luego en el lenguaje, donde se hacen visibles las “expresiones metafóricas”, que según los autores se encuentran presentes en todo tipo de discurso y no solamente en el poético.

Desde este enfoque, se considera que las metáforas son elaboradas culturalmente —aunque al parecer existirían procedimientos metafóricos de alcance universal, como pensar las ideas en términos de objetos que se tienen, se guardan, se vuelcan, se roban, etc.— y que ellas permiten acceder al sistema de

8. Lakoff (lingüista) y Johnson (filósofo), ambos estadounidenses, publican en 1980 *Metaphors we live by* (versión castellana, Lakoff y Johnson, 1995).

valores del grupo social que las gesta y utiliza ya que —sostienen— no existen semejanzas dadas entre las cosas sino que la semejanza es construida por la metáfora. Desde esta teoría, interpretamos la expresión metafórica “la hermandad de los trabajadores”, en la frase de Perón, apoyada en el procedimiento metafórico conceptualizador por el que los trabajadores son pensados en términos de hermanos. Y que la frase “Hoy estoy con un jugador menos” proyecta la cualidad de “maquinaria” o “estructura” del campo fuente *equipo deportivo* al campo meta *mente* y que, como toda máquina o equipo, la mente necesita de todas sus partes para funcionar correctamente.

Pero además de los problemas que involucra su definición y la especificación de su función, hay muchos otros interrogantes planteados en torno de la metáfora, a los que las diversas teorías han respondido de forma disímil. Por ejemplo, ¿la metáfora abarca una sola palabra, la frase entera, o involucra a todo el discurso? En la frase que acabamos de analizar —“Hoy estoy con un jugador menos”— es imposible encontrar la metáfora en una palabra, ya que es toda la expresión la que la construye. Y en el poema de Pizarnik, el sentido metafórico surge de contemplar todo el poema y no sólo alguna de sus palabras o expresiones: el cuerpo de la mujer es pensado en términos de una flor, que se abre para recibir a su amante, el rocío.

En el caso de este poema, observamos además que se da el caso de la llamada “metáfora en presencia”: en el enunciado están presentes tanto el término metafórico (“flor”) como el sustituido por la metáfora (“cuerpo”), lo cual facilita su interpretación. Se trata de un caso diferente de la comparación o símil, que se construye con el término “como” (el ejemplo sería: “el cuerpo es como una flor”) y de la llamada “metáfora en ausencia”, en la que el término metafórico aparece sólo en el enunciado, o sea, sin el término sustituido, de modo que el intérprete se ve obligado a encontrar y reponer ese otro término que está implícito. Un ejemplo de metáfora en ausencia es la aserción: “Vivimos sobre una bomba que en cualquier momento estalla”. En este caso ‘bomba’ está en lugar de ‘mundo’, que no está mencionado en el enunciado.⁹

Pero siguiendo con los interrogantes en torno de la metáfora, ¿quién las crea y cuál es el principio que rige su uso? Si tradicionalmente se las ha considerado un componente del estilo, ¿su presencia debe leerse como una marca de subjetividad en el discurso? Y, además, ¿qué ocurre con la interpretación de las metáforas? ¿Qué garantiza que ésta se produzca en coincidencia con el sentido previsto desde la producción? Desde una aproximación semiótica, Umberto Eco (1992) ha buscado responder este tipo de preguntas señalando que la interpretación de metáforas requiere no tanto de un saber diccionario (es decir, del que proporciona un diccionario) sino de lo que él llama un saber enciclopé-

9. Catherine Kerbrat-Orecchioni (1983: 163-175) desarrolla el análisis de las metáforas en presencia y en ausencia y sus connotaciones de significado.

dico, esto es, un saber cultural por el que se accede al sistema de tópicos asociados al término usado metafóricamente. No sería tan útil, desde este enfoque, conocer el significado que proporciona el diccionario de la palabra 'transparencia', para interpretar la metáfora "la transparencia de la gestión", como saber con qué valores asocia una cultura a lo transparente.¹⁰

Otro debate que ha recorrido al tema de la metáfora es si en el lenguaje es diferenciable lo metafórico de lo no metafórico. Como ha señalado Tzvetan Todorov (1982), junto a la teoría "clásica" sobre la metáfora, que la concibe como un desvío y, por lo tanto, como una excepción, durante siglos se identifica en varios autores la teoría opuesta, que él llama "romántica", para la cual la metáfora es la regla. Uno de los representantes de esta línea romántica es Giambattista Vico, para quien el primer lenguaje de la humanidad fue metafórico, ya que "la forma más simple y natural" de expresar lo captado por los sentidos, según él, era la metáfora. Pero el más extremo, sin dudas, ha sido Nietzsche, para quien no sólo en sus orígenes sino siempre todo el lenguaje es metafórico. Según este autor, "no hay expresión propia ni conocimiento propio sin metáfora", por lo que concluye —en su obra *Verdad y mentira en sentido extramoral*, de 1873— que la metáfora es el rasgo distintivo de la humanidad y que el hombre es un "animal metafórico".

En el presente libro¹¹ nuestro objetivo ha sido, ubicados en el campo disciplinar del análisis del discurso, ofrecer a quienes se introducen en el tema un recorte de problemas y propuestas teóricas que, consideramos, posibilitan y enriquecen la reflexión sobre las metáforas en uso, es decir que nos permiten abordar y profundizar el estudio del funcionamiento de las metáforas en prácticas discursivas específicas. A su vez, partimos de considerar que la interpretación discursiva, la posibilidad de acceder al sentido de un discurso dado, requiere de un análisis de las metáforas que lo recorren.

El libro consta de dos partes: en la primera, "Abordajes teóricos", se explican los postulados centrales de dos perspectivas teóricas insoslayables para el tipo de estudio que nos proponemos, y que ya hemos comentado: por un lado, la perspectiva retórica, que indaga en la definición y en el análisis de las funciones discursivas de la metáfora. Mariana di Stefano desarrolla el tema centrándose en tres momentos de esa larga tradición: las concepciones de Aristóteles, de Le Guern y de Angenot. Por otro lado, la perspectiva cognitivista. Hernán Díaz explica antecedentes de este enfoque y su ruptura con

10. Como se observa, los planteos de Eco son próximos a los de Le Guern.

11. Este libro es producto de la experiencia pedagógica que los autores llevamos a cabo en la cátedra de Semiología del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, en la sede Puán. Además de llevar a cabo un relevamiento bibliográfico exhaustivo sobre la metáfora, se tradujeron algunos textos de gran importancia conceptual para el tema, de los que no se contaba con versión en castellano, y se elaboraron materiales didácticos para incluir el nivel metafórico como nivel de análisis del discurso.

la concepción clásica de la metáfora, para dedicarse fundamentalmente a las propuestas que el lingüista norteamericano George Lakoff elaboró junto al filósofo Mark Johnson, en un primer momento, y posteriormente junto a Mark Turner.

Al final de la primera parte, en "Metáfora y metonimia en el lenguaje visual", Nicolás Bermúdez y Domin Choi, tomando como punto de partida las potencialidades que tanto el concepto de metáfora como el de metonimia ofrecen para el análisis de imágenes, encaran un recorrido por las teorías que buscaron precisar el modo en que ambos fenómenos se manifiestan en el lenguaje icónico.

En la segunda parte, "Metáforas en uso", reunimos una serie de artículos orientados a dar cuenta del funcionamiento metafórico en campos discursivos heterogéneos. Patricia Calabrese, en "El poema como cuerpo", indaga metáforas conceptuales en un discurso en el que tradicionalmente se ha pensado a la metáfora con valor ornamental, como es el discurso poético. Su corpus son las metáforas sobre la escritura en la poesía de Juan Gelman. A su vez, Hernán Díaz, en "La metáfora en la definición científica", estudia la metaforización en el discurso científico, un tipo de discurso sobre el que ha pesado el mito de que no debía utilizar metáforas ya que éstas estarían reñidas con la verdad y con la ciencia. Específicamente analiza formas metafóricas de conceptualización en dos científicos destacados del siglo XX: el lingüista Ferdinand de Saussure y el sociólogo Pierre Bourdieu.

Además de las producciones de alto grado de elaboración de enunciadores consagrados, nos propusimos analizar las metáforas en discursos espontáneos. En "Poetas y niños, metáforas compartidas y lectos censurados", Mirta Gloria Fernández describe la experiencia pedagógica que llevó a cabo en el Instituto de Minoridad José de San Martín, de la ciudad de Buenos Aires, a través de la implementación de talleres literarios. La experiencia estuvo centrada en el trabajo con metáforas: primero, en el análisis de las que los mismos alumnos usan habitualmente en sus diálogos, para a continuación abordar la metaforización en la poesía. El artículo reflexiona sobre ese recorrido propuesto, que permitió que chicos considerados "en situación vulnerable o de riesgo" se familiarizaran con la poesía.

El discurso político y sus metáforas fue otro de los campos estudiados: Hernán Díaz, en "El poder es arriba", analiza las concepciones sobre el poder que dejan ver algunas de las metáforas con que se lo define o califica. Se centra, particularmente, en las metáforas "arriba", "abajo", "horizontalidad" y "verticalidad" en un corpus amplio y variado de expresiones políticas.

Por último, Mariana di Stefano, en "«Palestina es Auschwitz»: una metáfora en conflicto", analiza la conflictividad que genera, entre grupos sociales adversos, el uso de determinadas metáforas que resultan inadmisibles para algunos de ellos. El trabajo reflexiona sobre los efectos buscados por ese tipo de enunciación metafórica y sobre las razones por las que para ciertos grupos hay metáforas inaceptables. El artículo se centra en la polémica desatada a

partir de la expresión metafórica "Palestina es Auschwitz", que usara ante la prensa internacional el escritor portugués José Saramago, en 2002, mientras la guerra entre Palestina e Israel alcanzaba características que nunca había tenido.

En su conjunto, los trabajos dejan ver la necesidad de integrar abordajes teóricos diversos cuando el fin es explicar el complejo dispositivo semiótico que el uso de metáforas desencadena en prácticas discursivas específicas.

MARIANA DI STEFANO

PARTE I ABORDAJES TEÓRICOS

La perspectiva retórica

Mariana di Stefano

Abordaremos en este artículo algunas de las principales reflexiones sobre la metáfora centradas en discernir su función en el discurso, lo cual, en algunos casos, ha involucrado la definición o redefinición del fenómeno. La mayoría de estas reflexiones se ha dado en el marco de los estudios retóricos; de ahí que, en parte, la historia de la reflexión sobre la metáfora sea también la historia de la retórica. La retórica es el primer estudio sobre el discurso, que se origina en la antigua Grecia en el siglo V antes de Cristo, y que se va a transmitir en la cultura occidental —como norma prescriptiva y como objeto de enseñanza— hasta el siglo XIX, de manera ininterrumpida, aunque con profundas diferencias en sus características y finalidades en los distintos momentos de su historia. De la concepción general que animó a las distintas retóricas ha dependido el modo en que cada una concibió a la metáfora.

En muchos casos se ha hecho referencia a la “concepción retórica de la metáfora” aludiendo a la perspectiva que la considera una figura del discurso o un tropo y que le atribuye una única función y un único valor, el de ornato discursivo. Sin embargo, no es posible hablar de una sola mirada retórica sobre la metáfora, sino que es necesario diferenciar las retóricas antiguas, en especial la de Aristóteles, de las retóricas medievales y a éstas de las modernas, que —en tanto “retóricas restringidas”,¹ devenidas catálogo clasificatorio de figuras y de tropos, y alejadas del enfoque discursivo general y filosófico en que se enmarca la reflexión aristotélica— son las que han estigmatizado la metáfora en su función ornamental y como figura propia del discurso poético.²

Para trazar esta línea retórica de reflexión sobre la metáfora nos hemos detenido en tres momentos, significativos desde el punto de vista de la historia de la retórica y desde la perspectiva actual del análisis del discurso. Comenzamos con Aristóteles, un punto de partida ineludible por la amplitud de

1. Así las denomina Gérard Genette (1982).

2. Sobre el desarrollo de las retóricas antiguas, medievales y modernas véanse Barthes (1982), Mortara Garavelli (1991), Murphy (1989), Ricoeur (2001).

matices que contempló en el tratamiento del tema, cuyas derivaciones se encuentran presentes en los abordajes posteriores, incluso en muchos de los desarrollados a partir del siglo XX.

Nos centraremos, después, en la propuesta de dos lingüistas del siglo XX que retomaron la reflexión sobre la metáfora en el marco de un resurgimiento del interés por la retórica. El primer caso es Michel Le Guern, un autor que, entendemos, en su mirada sobre la metáfora articula dos perspectivas en auge en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que dieron lugar –conjuntamente, aun cuando no tuvieran lazos entre sí– a la llamada *nueva retórica*: por un lado, los estudios lingüísticos del Grupo μ , cuya *Rhétorique générale* aparece en Francia en 1970, y por otro, los estudios filosóficos de Chaim Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, cuyo *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* se publica en 1958, y de Stephen Toulmin, autor de *The Uses of Argument*, del mismo año.

Si la retórica aristotélica había integrado una teoría de la argumentación, una teoría de la elocución y una teoría de la composición del discurso, veinticinco siglos más tarde el interés por la retórica reaparece fragmentado: el Grupo μ retomó la tradición de la retórica restringida –reducida a una teoría de la elocución o del estilo– y trató de explicar las figuras, entre ellas la metáfora, a partir del modelo de análisis lingüístico vigente en la época: el análisis semántico estructural.³ Las obras filosóficas de Perelman, Olbrechts-Tyteca y Toulmin, en cambio, retoman el interés por un tema que había sido dejado de lado por las retóricas modernas: la argumentación. Esta vuelta a la reflexión sobre la teoría de la argumentación se explica –como ha señalado Christian Plantin (1990)– por el contexto de la posguerra, en el que desde la filosofía se intenta hacer un aporte a la búsqueda de una racionalidad práctica que permita resolver los asuntos humanos a través de la palabra y del acuerdo, después de haber pasado por el totalitarismo y el genocidio de la guerra.

Como veremos, Le Guern indaga en el valor argumentativo de la metáfora desde las herramientas que le provee la semántica estructural.

El último caso en que nos detendremos es Marc Angenot (1982), cuya obra, ya en los años 80, en pleno desarrollo del análisis del discurso, representa un intento por integrar la dimensión retórica a una teoría del discurso, pero ya no la retórica restringida sino la aristotélica. De la *Retórica* de Aristóteles rescatará la teoría de la argumentación, en particular la reflexión sobre la tópica –por las herramientas que aporta para el análisis ideológico de los discursos– y sobre el estilo, entre cuyos componentes se ubica la metáfora, a la que no considera como un hecho meramente de lenguaje sino como parte de un todo en relación con el resto de las dimensiones discursivas. Desde esta revalorización de la retórica, Angenot abordará el estudio sobre la función polémica de la metáfora.

3. Sobre este punto véase Ricœur (2001).

La metáfora en la obra de Aristóteles

Aristóteles aborda el análisis de la metáfora en dos de sus obras: la *Poética* y la *Retórica*. En ambos textos la definición de la metáfora es la misma, pero el doble tratamiento en una y otra obra se debe a que el filósofo atribuye a la metáfora dos funciones diferentes, según el tipo de discurso en el que se utilice. Tendrá una función poética en la tragedia –poesía dramática– en la que será uno de los recursos principales para lograr el estilo adecuado para conmover y generar la purificación de las pasiones. Y tendrá una función retórica cuando la metáfora esté al servicio de la elocuencia –arte del buen decir, cuyo fin es la persuasión– que se despliega ante la asamblea y el tribunal, o sea, en los discursos propios del mundo político y del jurídico.

Aristóteles parte entonces de identificar la presencia de metáforas en discursos sociales diversos, incluso en la conversación cotidiana, y no solamente en el poético; de ahí el doble tratamiento que propone. En la *Poética* recomienda el uso de metáforas en el verso yámbico, verso empleado en las partes dialogadas de la tragedia, ya que de ese modo “se logrará imitar lo más posible la expresión lingüística” del habla real, e incluso destaca: “Conviene los nombres que uno emplearía en la conversación, esto es el corriente, la metáfora y el ornamental” (1459a10-15), con lo cual deja sentado que la metáfora es habitual en los géneros coloquiales; idea que refuerza en la *Retórica* cuando afirma: “Todos conversan usando nombres propios, nombres corrientes y metáforas” (1404b34-35).

Aristóteles define la metáfora en la *Poética*⁴ en la parte destinada a analizar la “expresión lingüística” que se adecua a la tragedia. Para él, este nivel de la obra poética es distinto de la invención y el armado de la trama, aunque como veremos estará ligado a éstas. Destina un fragmento importante del análisis de la expresión lingüística a estudiar la unidad léxica fundamental, que es el nombre, al que propone clasificar según sus características morfológicas, estilísticas y genéricas. En la clasificación según el estilo aparece el nombre metafórico, el que diferencia de los nombres corriente, dialectal, ornamental, inventado, alargado, abreviado y modificado.⁵ Pero a diferencia del

4. La *Poética* fue compuesta en torno del año 334 antes de Cristo y es la más antigua teoría sistemática de la literatura que conocemos. Junto a la *Retórica*, es la obra de Aristóteles que mayor y perdurable influencia ejerció en la cultura occidental (Sinnot, “Introducción”, en Aristóteles, 2004a).

5. Eduardo Sinnot, en sus notas a la edición crítica de la *Poética* (Aristóteles, 2004a), señala que Aristóteles desarrolla las características de los nombres corrientes, metafóricos, dialectales, inventados y modificados, pero omite la explicación acerca de los nombres ornamentales, por lo que sus rasgos no quedan claros. De todas formas, esta clasificación resulta interesante porque parece diferenciar la metáfora del nombre puramente ornamental. Los nombres abreviados y alargados son formas de los modificados por agregado o falta de consonantes o vocales, que en algunos casos recuperan formas dialectales.

resto, no hay nombres que en sí mismos sean metáforas sino que se convierten en metafóricos cuando un nombre que designa una cosa "se traslada" para designar otra. La definición es la siguiente:

La metáfora consiste en trasladar a una cosa un nombre que designa otra, en una traslación de género a especie, o de especie a género, o de especie a especie, o según una analogía. (*Poética*, 1457b, 3-6)

El ejemplo que ofrece de traslado del género a la especie, es decir, de expresión en la que un término genérico sustituye al más específico, es:

Aquí está mi barco.⁶

Según Aristóteles, se ha usado aquí la forma general "estar" en lugar de la especie "estar anclado". El ejemplo que ofrece de traslación de especie a género, es decir, de sustitución de un término que indica el género por el que indica la especie es el siguiente:

Ulises realizó diez mil hazañas,

donde la especificación "diez mil" está por el genérico "muchas". En cuanto a la sustitución de especie por especie, da dos ejemplos:

Le sajó la vida con la espada.

y

Le cortó con la lanceta la vida.

Heinrich Laugsberg explica este ejemplo: el verbo 'sajar' significa cortar en la carne para producir desangrado, y se usa especialmente con referencia a animales. Es el verbo específico para indicar la acción que se realiza con el instrumento lanceta. En cambio, 'cortar' es el verbo usado para especificar la acción que se realiza con la espada. 'Cortar' y 'sajar' son formas específicas del genérico 'quitar'. De modo que en los ejemplos dados ha habido reemplazo de una especie por otra especie.

Por último, Aristóteles (1457b 15-25) considera un caso más de metáfora que es la analogía, a la que define como una metáfora de cuatro términos, esquema que ha servido de fundamento a la mayor parte de las teorías posteriores. Dice Aristóteles:

6. Seguimos en la traducción de los ejemplos dados por Aristóteles en su *Poética* a Lausberg (1984).

Entiendo por 'analogía' el caso en el que el segundo término se relaciona con el primero como el cuarto con el tercero; pues el poeta dirá en lugar del segundo el cuarto y en lugar del cuarto el segundo. Por ejemplo, [...] la vejez se relaciona con la vida tal como el atardecer con el día; el poeta llamará entonces al atardecer "vejez del día", o, como hace Empédocles, a la vejez, "atardecer de la vida", o el "ocaso de la vida". (1457b 15-25)

A continuación Aristóteles se refiere a un caso particular de metáfora en la que hay "un traslado a una cosa de un nombre que designa otra", pero en la que no hay sustitución ya que "la cosa carece de nombre establecido". Las consecuencias teóricas de esta reflexión —la principal es que la metáfora cumpliría la función de llenar un vacío léxico— fueron prácticamente ignoradas por la tradición posterior, pero están en el origen de algunas teorías actuales sobre la metáfora que rechazan la definición por sustitución.

El ejemplo de Aristóteles (1457b 25-30) es el siguiente:

Dejar caer la semilla se dice "sembrar" pero dejar caer rayos el sol carece de nombre; sin embargo, se relaciona esto con el sol como el sembrar con la semilla, por lo que se dice: "Sembrando el divino rayo".

En la *Retórica*, en la que se remite a la definición de metáfora proporcionada en la *Poética*, Aristóteles sin embargo agrega el símil, al que considera una forma de la metáfora. "El símil es también una metáfora", afirma, "por ejemplo, cuando se dice de Aquiles «se lanzó como un león», es un símil, pero cuando se dice «se lanzó el león», es una metáfora". La comparación es para Aristóteles una metáfora en la que se explicita la relación entre dos términos a partir del nexa 'como'. Paul Ricœur (2001: 39-40) ha destacado que hay en esta definición una subordinación de la comparación a la metáfora: la ausencia del término de comparación en la metáfora no implica que ésta sea una comparación abreviada —como sostendrán las retóricas posteriores a partir de Quintiliano— sino que la comparación es una metáfora desarrollada. Esta concepción no es arbitraria sino que es coherente con la concepción aristotélica de supremacía de la metáfora entre los recursos estilísticos, por los efectos que ésta produce en el discurso, entre ellos, la elegancia. La metáfora responde a la fórmula *A es B*, mientras el símil, a *A es como B*.

Paul Ricœur, uno de los más prestigiosos investigadores del tratamiento de la metáfora en la obra aristotélica, arriba a una serie de conclusiones a partir de la definición de metáfora que el filósofo griego desarrolla en la *Poética*, que acabamos de exponer. Él considera relevante notar que en Aristóteles:

1) *La metáfora es algo que afecta al nombre*. Es decir, Aristóteles vincula la metáfora con la palabra y no con el discurso, lo que derivará en los siglos

siguientes en que quede ligada a las figuras de palabras, y por lo tanto a las taxonomías de figuras y tropos.

- 2) *La metáfora se define en términos de movimiento.* Etimológicamente 'phora' es un término de la física que designa una modalidad del cambio según el lugar. El procedimiento metafórico implica un movimiento de un lugar a otro, un desplazamiento y transposición de un nombre a otro. Según Ricoeur, la idea de movimiento es la que ha asociado la metáfora con la idea de préstamo (hay algo que viene de otro lado), que a su vez se asocia con la idea de que la nueva palabra hace las veces de la palabra propia ausente.
- 3) *La metáfora es la transposición de un nombre extraño.* En la definición, lo que se traslada es el nombre "que designa otra cosa", lo cual ha asociado a la metáfora con la idea de desviación, con el uso de términos raros y en general con lo que se aparte del uso ordinario de los nombres. Estas ideas, según Ricoeur, son las que han dado pie a las retóricas posteriores para postular la oposición entre el sentido propio y el sentido figurado, que de ningún modo se encuentra formulada en Aristóteles.
- 4) *En la metáfora el nombre extraño sustituye al ordinario.* Según Ricoeur, puede decirse que esta idea está en Aristóteles, aunque podría tratarse de un matiz no previsto ni trabajado específicamente por el filósofo. En verdad, la idea de sustitución puede entrecruzarse solamente en la ejemplificación, en la que suele aparecer la expresión "en lugar de": "Homero dice «miles» de acciones heroicas en lugar de «muchas»"; "se puede emplear el segundo término en lugar de el cuarto" en el caso de la analogía. Las consecuencias que se derivan de la idea de sustitución son las que más van a influir en la tradición posterior, que va a considerar que si la metáfora es un término sustituido, la información que proporciona es nula y que por lo tanto sólo tiene un valor ornamental. Por eso, sostiene Ricoeur:

Rechazar estas consecuencias comportará un rechazo del concepto de sustitución, ligado a su vez al de un desplazamiento que afecta a los nombres. (Ricoeur, 2001: 32)

Queda por despejar, en esta definición aristotélica del concepto de metáfora, la idea de semejanza que involucra. La cuestión de la semejanza en la metáfora ha dado pie a múltiples teorizaciones; en muchos casos, con ligereza se ha sostenido que "la retórica antigua" supone que hay una semejanza entre las cosas designadas por el nombre metafórico y el corriente, y que esa semejanza está dada, es natural, evidente y por lo tanto no discutible. Sin embargo, la idea de semejanza en Aristóteles es más compleja. En el caso de los tres primeros tipos de metáforas que menciona, la traslación de un nombre a otra cosa está acotada al sistema de relaciones entre géneros y especies, el cual se apoya, y consolida a su vez, en un sistema de semejanzas que el filósofo naturaliza. En estos casos, puede aceptarse que está en la concepción aristotélica la idea de una semejanza dada. Pero el cuarto tipo de metáfora (la analogía) y

el caso del símil no se limitan a ningún esquema clasificatorio previo. En este punto es necesario considerar un párrafo de la *Poética* —el único en el que Aristóteles se refiere explícitamente a la cuestión de la semejanza— en el que detalla las cualidades que debe reunir la expresión lingüística de la tragedia para alcanzar la excelencia. Allí sostiene que, para ello,

...lo más importante es ser productor de metáforas. Es en efecto lo único que no puede tomarse de otro y es indicio de una buena dote natural; pues construir bien las metáforas es percibir bien las semejanzas. (1459a 5-10)

Para Aristóteles, entonces, saber metaforizar es lo más importante, pero a la vez es una habilidad que no se puede aprender sino que depende del propio genio. No hay límites, entonces, para la metaforización, ni leyes dadas, más allá de los que impone el estilo; en su origen está el individuo dotado, el poeta —también el productor de discursos políticos y jurídicos, tal como agregará en la *Retórica*⁷ que para destacarse deberá encontrar semejanzas sutiles, que no resulten evidentes a la mayoría. La semejanza está en la base de este tipo de metáforas, pero es una semejanza no prevista que —como veremos—, entre otras, tendrá la función de sorprender.

Función poética de la metáfora

Tanto en la *Poética* como en la *Retórica* Aristóteles da indicaciones acerca del modo en que deben usarse las metáforas y cuál es el efecto que ellas producen. Este tipo de comentarios, en ambos libros, se encuentra en las partes destinadas al análisis del estilo, sea de la tragedia (analizada en la *Poética*), sea de los discursos deliberativos, jurídicos y epidícticos, que son el objeto de reflexión de la *Retórica*.

En el caso de la tragedia, Aristóteles considera que su estilo debe atenerse a dos características: debe ser claro y elevado. Estos dos rasgos plantean una paradoja al poeta ya que la claridad, según el filósofo, se alcanza con el uso del lenguaje corriente que es indispensable para que haya entendimiento. Pero el lenguaje elevado es aquél que se aparta del uso corriente (nombres alargados, formas dialectales y metáforas) y que por tal razón puede resultar oscuro, poco transparente. Se tratará de que la poesía combine la dosis justa del lenguaje corriente y del elevado, de modo que no resulte ni trivial ni inentendible. Sobre el lenguaje elevado, alerta sobre el posible abuso de las formas dialecta-

7. Véase *Retórica*, III, 1412a 13-14. Allí incluso afirma que la buena metaforización es "expresión de la sagacidad necesaria también en la filosofía".

les, que llevarían al barbarismo,⁸ cuando la excelencia en el estilo poético requiere del uso correcto del griego. Y señala que ese equilibrio ideal entre la claridad y la elevación se logra con la metáfora.

¿Por qué la superioridad de la metáfora respecto del resto de las formas de extrañamiento del lenguaje? Si tenemos en cuenta el comentario de Aristóteles acerca de la importancia de ser “buen productor de metáforas” (*Poét.* 1459a5-10), observamos que para el filósofo ésta –además de apartarse del uso corriente del lenguaje– es la expresión en la que se pone de manifiesto la creatividad y singularidad del poeta, que es además un sujeto que también se aparta de lo corriente por su capacidad perceptiva y expresiva. La elevación tiene que ver con lo formal (es una expresión inusual) pero también con la profundidad en la percepción del mundo. Esta forma de elevación de la expresión lingüística parece ser la necesaria para llevar a cabo la “imitación de una acción elevada y completa” que realiza la tragedia.⁹

Además, en tanto producto de la creatividad del poeta, la metáfora participa del carácter de artificio e invención que tiene toda obra de arte para Aristóteles, quien parte en la *Poética* de la idea heredada de Sócrates de que el arte es mimesis.¹⁰ En este sentido, Ricœur sostiene que, en la *Poética* “la metáfora está al servicio de la mimesis” (Ricœur, 2001: 61): contribuye a crear esa tensión entre mostrar e inventar la realidad, entre ser claro y producir extrañamiento, y, por lo tanto, elevación. En esto consiste la función poética de la metáfora en la obra de Aristóteles.

Queda por comprender por qué el filósofo le atribuye a la metáfora la cualidad de ser clara. Para ello, necesitamos remitirnos a la *Retórica*, que es la obra en la que desarrolla esta idea.

Función retórica de la metáfora

En la *Retórica*,¹¹ Aristóteles aborda el tratamiento de la metáfora en el Libro III, destinado al estudio de la *elocutio*, expresión lingüística o estilo de

8. “Lengua bárbara” se denominaba a la lengua extranjera, y se entiende por “barbarismo” el uso incorrecto o impreciso, en este caso, del griego que podría formular el hablante de otra lengua, cuyo conocimiento del griego fuera escaso. Aristóteles señala que en estos casos, pese a que habría un elemento extraño –que siempre es llamativo en la expresión–, su abundancia atentaría contra la claridad. Véase *Poética*, 1458a 25.

9. Véase la definición de tragedia en *Poética*, VI, 1449b21-31.

10. La crítica rechaza actualmente la traducción del término ‘mimesis’ por imitación, ya que en Aristóteles está presente la idea de arte como representación y como producción de apariencias. El arte no es imitación de la realidad sino una invención sobre ella, una representación o construcción de lo real. Sobre este punto, véase *Poética*, I, Ricœur (2001), Sinnott (en Aristóteles, 2004a).

11. La *Retórica* parece ser levemente posterior a la *Poética*, aunque al respecto hay posturas confrontadas. Ambas obras son el resultado de anotaciones del filósofo para las clases que dictaba

los discursos jurídico, político y epidíctico. Señala que “no es suficiente que sepamos qué debemos decir, sino que es imprescindible saber además cómo debemos decirlo para que el discurso parezca poseer una determinada calidad” (*Ret.* III, 1).

Para Aristóteles, la retórica era una técnica de la elocuencia cuyo fin era lograr la persuasión del auditorio. El progreso de este tipo de estudios en la antigua Grecia estuvo vinculado al desarrollo de formas democráticas de organización social, en las que la palabra adquiere valor en la medida en que algunos conflictos intentan resolverse a través del acuerdo y el consenso, y no a través del ejercicio de la fuerza o la violencia. En sus estudios sobre la retórica antigua, Friedrich Nietzsche sostuvo que “hubo retórica porque hubo elocuencia pública y la elocuencia es republicana”.¹² En este marco político, la retórica de Aristóteles, señala Ricœur, no sólo se propone describir la técnica que logrará como producto al discurso persuasivo, sino que además buscará sentar las bases filosóficas de lo verosímil –aspecto clave de la persuasión– que regularán el uso de la palabra pública, trazarán la línea que separa el uso del abuso, lo admisible de lo que no lo es; que, en definitiva, proveerán un sistema de pruebas de segundo rango, al amparo de la filosofía –las de primer rango las provee la ciencia–, claramente diferenciado de la sofística.

La retórica aristotélica es, entonces, la descripción de una técnica que permitirá reunir pruebas verosímiles, en primer lugar, y además, componer el discurso y enunciarlo de modo que resulte persuasivo. En este sentido, articula tres campos: una teoría de la argumentación, de la elocución y de la composición del discurso.

Estas características que enmarcan la *Retórica* aristotélica son indispensables para comprender la función de la metáfora en esta obra ya que –como vimos en el caso de la poesía– su valor no reside en constituir un elemento estilístico aislado sino en que participa activamente en el proyecto global que anima a cada tipo de discurso. La metáfora es tratada en esta obra como un aspecto de la elocución, pero está al servicio de la persuasión.

en Atenas. La *Retórica* fue publicada después de la muerte de Aristóteles por sus alumnos de la Escuela Peripatética, que él había fundado. Véase Hill (1989: 34-36).

12. Nietzsche destaca que sólo con la forma política de la democracia comienza la sobrevaloración del discurso que se convierte en el mayor instrumento de poder interpares. En su historización del desarrollo de los estudios y las prácticas retóricas describe la situación ante los tribunales: todos podían acusar pero cada uno debía defenderse a sí mismo. El orador que tenía a su cargo la defensa era el mismo acusado, de modo que el saber retórico era muy importante. Destaca Nietzsche la existencia de los llamados “logógrafos”, asesores jurídicos y oradores adiestrados que elaboraban los discursos al acusado. Con el tiempo los discursos que resultaron exitosos se fueron publicando y pronto adquirieron interés como piezas artísticas; un público distinguido se deleitaba en leerlos, con lo cual se comenzó a tener en cuenta al lector: el logógrafo corregía estilísticamente su discurso, consciente de las diferencias que entraña dirigirse a oyentes o a lectores. Véase Nietzsche (“Historia de la elocuencia griega” [1872-1873], §§ 369-372, en Nietzsche, 2000).

En el Libro III, Aristóteles indica que "los recursos de la prosa son muchos menos que los de la poesía" y entre ellos la metáfora es uno de los esenciales. En primer lugar, porque es necesario crear la impresión de que se está hablando de un modo natural y no elaborado, planificado, ya que esto último podría predisponer en contra al oyente, por pensar éste que puede estar ante una trampa. De modo que no se debe advertir la preparación del discurso, para lo cual hay que usar "la palabra usual, la apropiada y las metáforas [...] ya que éstas son las que todos utilizan, [...] todos nos valemos en la conversación de metáforas" (*Ret.* III, 2). Y recomienda estrategias para buscar metáforas que sean apropiadas para los fines de la argumentación: "Si se quiere embellecer algo se buscará la metáfora en lo mejor del mismo género; si se lo quiere desmerecer, obviamente en lo peor". Y ofrece como ejemplo el designar "mendigo" a uno que peticona, si se lo quiere desmerecer, o por el contrario, "peticionante" a uno que mendiga. Recomienda no caer en metáforas exageradas ni toscas, por ejemplo: "Soberano del remo" (es un verso de Eurípides) es excesivo para aquello de lo que se está hablando, mientras "chirrido de Calfope", como llama un poeta a la poesía, es inapropiado. El objetivo es que la metáfora sea apropiada "de manera que el parentesco parezca obvio inmediatamente después de que se haya dicho" (*Ret.* III, 2). Cuando la metáfora es inapropiada produce frialdad, o sea, distanciamiento, lo cual no es positivo para la persuasión, agrega el filósofo.

Pero la metáfora, a la vez que dota al discurso de un aire natural, contribuye a su majestuosidad; la metáfora es entonces imprescindible, ya que el discurso no debe ser tosco ni ramplón. Pero en la *Retórica*, a diferencia de la *Poética*, lo majestuoso no es lo elevado sino aquello que asombra. El estilo es majestuoso cuando hay un "desvío de la expresión normal" que le da "un tono insólito", fuera de lo común, "que resulta agradable y admirable" (*Ret.* III, 2).

Aristóteles insiste en esta obra en que crear metáforas "es cosa de talento y práctica" (*Ret.* III, 10) puesto que se trata de "advertir la semejanza incluso en cosas que se diferencian ampliamente, y esto es propio de una mente aguda" (*Ret.* III, 11). Es decir que para Aristóteles las metáforas facilitan la persuasión a partir de un doble efecto: por un lado, la impresión de que el discurso es natural, porque todos hablan con metáforas, y lo natural es verosímil; y por otro, el asombro, dado que el discurso resulta ingenioso. Esta doble función es importante, según el filósofo, porque la persuasión requiere no sólo conmover sino también explicar, enseñar: hay que mostrar el punto de vista propio; el otro, de algún modo, debe aprender a ver los hechos como el orador los ve.

Dice Aristóteles: "Cuando se llama a la vejez «rastrajo» se origina en nosotros un aprendizaje y el conocimiento a través de una clase, ya que ambas cosas implican que algo se ha marchitado" (*Ret.* III, 10). Y agrega que la metáfora incita a la indagación –a diferencia de la comparación, que es más larga y explícita, por lo que no la recomienda– y esa indagación es lo que torna agradable el aprendizaje. Pero para que todo resulte, es necesario que la metáfora sea apropiada, o sea que se comprenda rápidamente, cosa que no logran ni las

metáforas oscuras (porque son incomprensibles) ni las banales (porque son demasiado obvias). Según Aristóteles, la metáfora logra llevar al oyente de una disposición de ánimo contrario a aceptar como una evidencia, a la que él ha llegado por su indagación, el punto de vista del orador. Este tipo de aprendizajes –sostiene– es el más agradable porque el oyente parece decirse: "¡Por supuesto, y yo que no me daba cuenta!" (*Ret.* III, 11). Así, como señala Ricœur, en la *Retórica* el estilo aparece ligado a un proyecto didáctico, instructivo, del que participa la metáfora, que es imprescindible para la persuasión.

Por último, Aristóteles señala como rasgo de la metáfora el que es una forma de convertir lo inanimado en animado, y por lo tanto de "poner el asunto ante los ojos del oyente" (*Ret.* III, 11), algo que en retóricas posteriores aparece generalizado como lo caracterizador de la metáfora, a la que se describe como un procedimiento que convierte lo abstracto en concreto.

La metáfora argumentativa según Michel Le Guern

Uno de los autores que, siglos después de Aristóteles, reflexionó sobre el valor argumentativo de la metáfora ha sido Michel Le Guern, que –paradójicamente– encaró sus primeros trabajos sobre este tema desde el marco teórico del análisis semántico, una perspectiva orientada a describir las unidades mínimas del significado de una palabra, muy distante, por lo tanto, de la problemática de la argumentación y de la perspectiva retórica que requiere contemplar la relación entre el discurso y sus contextos de producción.

El análisis semántico –también designado análisis sémico o análisis componencial del significado– tuvo un importante desarrollo en los estudios lingüísticos, particularmente hacia fines de los años 60 y durante los 70, a causa de la influencia ejercida por la obra de Algirdas Greimas (1976), *Semántica estructural*, publicada en 1966. Esta teoría buscó descomponer el significado de un lexema o palabra en átomos semánticos –los semas–, los cuales no interfieren en el plano del significante. Este tipo de estudio fue análogo al que ya se había realizado al descomponer el significante en unidades mínimas –el fonema– y éste a su vez en rasgos pertinentes de orden infralingüístico.

Le Guern (1973) publica *Semantique de la métaphore et de la métonymie*, un trabajo cuya hipótesis sostiene que en la metáfora –que es objeto de estudio de una semántica de la palabra– ocurre una alteración de la organización sémica del lexema. Específicamente, la metáfora se explica por la supresión o suspensión momentánea de una parte de los semas constitutivos del lexema empleado. En la expresión:

Ana es una mujer de hierro,

el lexema 'hierro' es una metáfora en la que están suspendidos algunos de los semas constitutivos de "hierro" en su significado literal (como: metal/color gris/

maleable) mientras permanecen en acto otros semas del término (dureza/resistencia).

Desde esta descripción del fenómeno metafórico, años más tarde Le Guern (1981) se propone explicar el valor argumentativo de las metáforas. Hay que señalar que se trata también de una etapa en la que los estudios sobre la argumentación se han retomado y comienzan a proliferar. El punto de partida de Le Guern es para él una comprobación evidente en la vida cotidiana: la fuerza argumentativa de un lexema es superior en los empleos metafóricos que en los literales.

Para demostrarlo, analiza casos en los que se utilizan metafóricamente términos que designan animales para designar personas. Le Guern señala que, por ejemplo, la palabra 'burro' es menos peyorativa cuando sirve para designar al animal de largas orejas que cuando es empleada para referir a un colega; de la misma manera que la palabra 'águila' es menos elogiosa cuando designa al ave que cuando sirve para calificar a una persona. Y esto ocurre aun cuando los semas aplicables a un ser humano (en el caso de 'burro': poco inteligente/torpe) están presentes en el uso literal del término. Pero, sin embargo, en ese caso no tienen un valor peyorativo, o en todo caso lo peyorativo está atenuado. De modo que los semas que se conservan en el uso metafórico producen mayor efecto cuando son los únicos que se seleccionan y mantienen, a diferencia de cuando están insertos en la constelación sémica correspondiente al empleo literal del lexema.

Le Guern lo explica del siguiente modo:

Las metáforas que tienen un papel argumentativo presentan una característica constante: los semas conservados en el proceso de selección sémica en el que se basan estas metáforas son semas evaluativos, subjetivos, para retomar la expresión de C. Kerbrat-Orecchioni. Si se toman como ejemplos los empleos metafóricos de nombres de animales, se puede comprobar que retienen raramente los semas correspondientes a las características objetivas de cada especie, los semas conservados son aquellos que reflejan los juicios de valor propios de cada cultura, referidos a los animales. Las cualidades y los defectos verdaderos de los animales suministran menos los semas evaluativos que la imagen que los miembros de una cultura se hacen a partir de las tradiciones populares, del folclore, de las grandes obras de la literatura narrativa o didáctica.¹³

El descripto es el procedimiento a partir del cual se constituye una metáfora que conlleva un juicio de valor. Pero, además, el autor destaca que esas metáforas ejercen sobre el destinatario del discurso una presión más fuerte

13. Agradecemos la traducción de Irene Brousse, realizada especialmente para la asignatura Semiólogía de la maestría en Sociología de la Cultura (IDAES, Universidad Nacional de General Sarmiento), ya que no hay traducción editada de este artículo de Le Guern.

que la que ejercería el mismo juicio de valor expresado en términos literales. Esta presión, según Le Guern, se debe a que es más difícil refutar un término metafórico que uno literal.

Ante las frases:

- Juan es poco inteligente y terco.
- Juan es un burro,

resulta más sencillo refutar la primera —según el autor— porque en ella el juicio de valor está afirmado explícitamente por el locutor. En cambio, en el segundo caso es el destinatario quien debe interpretar la metáfora y deducir el juicio de valor que ésta encierra. Le Guern destaca que es más fácil negar lo que es afirmado por el interlocutor en forma explícita que lo que puede deducirse a partir de un trabajo de interpretación. De todas formas, aclara que ésta no es libre sino que está regulada, convencionalizada socialmente, de modo que ante el empleo metafórico de "burro" el interlocutor realizará la selección sémica que opera en su comunidad.

Por último, Le Guern profundiza la caracterización de la metáfora argumentativa al proponer la diferenciación de las metáforas en dos tipos: las argumentativas y las poéticas. Mientras estas últimas resultan más exitosas desde el punto de vista estético cuanto menos estén convencionalizadas, por el contrario, las argumentativas requieren un grado de difusión y de aceptación grandes para ser admitidas por todos los potenciales destinatarios del discurso.

En términos semánticos, la selección de los semas que deben mantenerse en una metáfora poética es difícil, en muchos casos se trata de un particularismo del poeta, de su lecto¹⁴ poético, lo cual le otorga originalidad, un rasgo considerado valioso en el arte.

Le Guern observa que, en cambio, en la metáfora argumentativa la selección sémica no debe dar lugar a dudas, el destinatario debe poder llegar a ella fácilmente —cualquiera sea el lecto del que dependa su competencia léxica— ya que de otro modo no cumpliría su función, que es persuadir. El autor sostiene, en síntesis, que mientras la metáfora poética necesita de un arduo trabajo interpretativo por parte del lector, la metáfora argumentativa debe darse los medios para que éste no lo necesite.

Nótese que esta reflexión sobre la metáfora argumentativa emparenta a Le Guern con Aristóteles, no sólo porque ambos estudiaron la metáfora en

14. En los estudios sobre variedades lingüísticas, John Ross (1976) llama "lecto" a la totalidad del repertorio lingüístico de un hablante o grupo. Según este autor, los lectos se delimitan a partir de tres ejes: geográfico (dialecto), social (sociolecto) y de edad (cronolecto). En cuanto al discurso poético, se ha señalado la existencia de idiolectos: formas lingüísticas propias de un universo poético.

relación con su función en el discurso sino porque para ello necesitaron contemplar las características del destinatario, tanto lingüísticas como en cuanto a su sistema de valores y creencias, ya que éstas son el punto de partida que el locutor/orador deberá contemplar en su despliegue persuasivo.

Como ha señalado Ricœur (2001: 47 1), "en Aristóteles la metáfora se inspira en la tópica, en el acervo de la sabiduría popular", es decir, del conjunto de principios, valores, creencias sociales, que se encuentran en la base de la argumentación y que, en general, no se enuncian explícitamente. Es al conocimiento de esta tópica al que debe recurrir el productor de metáforas retóricas en la obra de Aristóteles, saber que también Le Guern señala como necesario en el locutor argumentativo para facilitar la actividad interpretativa de su destinatario, aunque no hay en su obra referencias explícitas a Aristóteles.

Le Guern apenas señala el problema ideológico involucrado en la interacción argumentativa, aunque no lo formula claramente, ni lo describe ni explica. Será éste, justamente, uno de los aspectos que mayor interés despertará al análisis del discurso.

Metáfora y polémica: el enfoque de Marc Angenot

En 1982, en un contexto de desarrollo de los estudios en análisis del discurso,¹⁵ Angenot presenta su trabajo sobre la llamada "literatura de combate" o "discurso panfletario". Allí señala su interés –y necesidad– de integrar a los estudios semióticos y a la teoría del discurso la perspectiva retórica iniciada por Aristóteles, en particular en lo que hace a dos aspectos: por un lado, volver a considerar la argumentación y el estilo como cuestiones retóricas complementarias e integradas; y por otro, rescatar –para su reinterpretación, reelaboración y desarrollo– la *inventio* aristotélica, componente decisivo de la dimensión argumentativa de su retórica. En la *inventio* (arte de encontrar los argumentos), desplegada en los Libros I y II de la *Retórica*, Aristóteles desarrolla lo que hoy llamaríamos una perspectiva interactiva y sociocultural de la discursividad, entendida como una práctica social. El filósofo no sólo describe las formas de los razonamientos sino que considera la compleja red de relacio-

15. El análisis del discurso es una disciplina de las ciencias del lenguaje que surge en Francia a fines de la década del 60 y que se desarrolla, como ha señalado Dominique Maingueneau (1999: 69), "como parte de un proyecto marxista de lucha contra la ideología dominante". En el marco de los estudios de Louis Althusser sobre la estructura social y los de Michel Foucault sobre las formas del poder, los trabajos llevados a cabo se propusieron como una forma de intervención en los conflictos ideológicos y en los procesos de transformación social. El objetivo de las investigaciones estuvo, en general, orientado a desmontar la construcción discursiva de lo real y a reflexionar sobre los dispositivos de comunicación verbal, considerando la articulación entre enunciación y configuración social. Michel Pêcheux y más recientemente Dominique Maingueneau y Patrick Charaudeau son algunos de sus representantes más importantes.

nes que se crea entre el orador y su audiencia, en la que inciden las creencias, los valores, los prejuicios –que cada uno tendrá según su pertenencia social y su edad– a partir de los cuales se juzga lo que se dice, se evalúa la credibilidad del orador y hasta se da lugar a que en uno afloren determinados sentimientos. Aristóteles provee, entonces, herramientas en su *Retórica* para que el orador prevea y pueda incidir en la predisposición del ánimo de su interlocutor (*pathos*) y controle el modo en que él mismo, a través de su discurso, se muestra, "se construye", como un ser confiable (*ethos*). Además, al explicar las características de los razonamientos, enumera los principios generales (*topoi koinoi*, lugares comunes) en los que se apoyan, y los lugares específicos (*topoi eide*) que sostienen la argumentación en los diferentes géneros. Este conjunto de elementos que Aristóteles considera en la *inventio* es percibido como de una gran riqueza por los estudios actuales a causa de la reflexión que aporta sobre la *doxa*, sobre la opinión del común de la gente, sobre las ideas dominantes, aceptadas por la mayoría sin someterlas a discusión, y sobre cómo este sistema de ideas se encuentra en la base de los discursos persuasivos.

Angenot reclama acercar esta dimensión de análisis a los estudios discursivos, pero advierte que mientras para Aristóteles la tópica es universal, hoy es necesario considerar su relatividad histórica y social, ya que en los discursos sociales operan diversos sistemas ideológicos, cada uno de los cuales se articula en torno de máximas tópicas diferentes, que le otorgan coherencia y autoridad. Angenot (1982: 179-182) propone llamar al "lugar común" de la antigua retórica "ideologema": máxima ideológica que subyace a un enunciado. Estas máximas están ausentes del discurso mismo, porque no requieren demostración, pero son un componente activo, que circunscribe un campo de validez.

Así, el análisis del nivel tópico, para Angenot, consiste en identificar esa "estructura profunda" ideológica (los ideogramas) sobre la que se apoya el enunciado, cuyas "modulaciones de superficie" dejan ver la configuración ideológica del discurso y su rol sociocultural. Utiliza el término 'retórica' para designar la materialidad discursiva de superficie, en la que es posible identificar los rasgos que caracterizan el discurso. En este marco conceptual, Angenot analiza las figuras, y en particular la metáfora:

...las figuras y los rasgos del discurso son síntomas que convergen en el conjunto discursivo de un proyecto ideológico general [...] todo discurso tiene marcas ideológicas que se apoyan en una base tópica: una metáfora puede ser tan plenamente "política" como un postulado explícito. (Angenot, 1982: 11)

Aclara que su objetivo no es tratar los elementos del nivel retórico del discurso panfletario como un "*ornatus* que se agrega al nivel argumentativo del discurso, sino como aspectos que influyen en la intensidad persuasiva que éste logra".

Dado que la polémica es una de las funciones centrales del género panfleto,